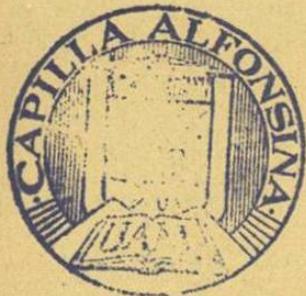


843
Z.

PA 2509

m 8
1900



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.:

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



Los misterios de Marsella

PRIMERA PARTE

I

Como Blanca de Cazalis huye con Felipe Cayol

Hacia fines del mes de Mayo, de 184., un hombre que podía tener unos treinta años, avanzaba rápidamente por un sendero del barrio de San José, cerca de las Aygalades. Había dado á guardar su caballo á un campesino, y dirigiase á una gran casa cuadrada, sólidamente construída, que recordaba uno de esos castillos que tanto abundan en los ribazos de Provenza.

El hombre dió vuelta al castillo y fué á sentarse en un bosque de pinos, que se extendía detrás del edificio. Allí, separando las ramas, inquieto, calenturiento, examinó los senderos, como el que espera con impaciencia á alguna persona. Levantábase de vez en cuando, daba algunos pasos y luego volvía á sentarse estremeciéndose.

Era alto, tenía algo extraño en su aspecto, y llevaba largas patillas negras. Su rostro alargado, y surcado de rasgos enérgicos, tenía una especie de hermosura violenta y arrebatada. Pero de pronto dulcificóse su mirada y sus gruesos labios sonrieron con ternura. Una joven acababa de salir del castillo, é inclinándose como para ocultarse, corría hacia el pinar.

Jadeante, ruborizada, llegó bajo los árboles. Apenas contaba dieciséis años. Orlado por las cintas azules de su sombrero de paja, su rostro joven sonreía con expresión alegre y asustada. Los rubios cabellos caían sobre sus hombros; sus manecitas, apretando el pecho, procuraban sosegar las palpitaciones del corazón.

—¡Cómo se hace usted esperar, Blanca!—dijo el joven.—Ya había perdido la esperanza de verla.

Y la obligó á sentarse á su lado, sobre el musgo.

—Dispéñeme, usted, Felipe,—respondió la joven.—Mi tío fué á Aix para comprar una finca; pero me costó mucho trabajo librarme de mi institutriz.

Diciendo así, abandonóse entre los brazos de su galán; los dos amantes empezaron uno de esos discreteos tan necios y al propio tiempo tan dulces. Blanca era una niña grande que jugaba con su amante como podría jugar con una muñeca; Felipe, ardiente y mudo, la miraba con todos los arrebatos de la ambición y del deseo.

Y estando así, olvidados del mundo, descubrieron, al levantar la cabeza, á unos campesinos que pasaban por el sendero próximo y que miraban riendo. Blanca, sobreco-gida, separóse de su amante.

—¡Estoy perdida!—exclamó palideciendo.—Esos hombres irán á avisar á mi tío. ¡Felipe! ¡por compasión, sálveme usted!

Al oír este grito, el joven se levantó con un movimiento brusco.

—Si quiere usted que la salve,—repuso con vehemencia,—es preciso que me siga. Venga usted, huyamos juntos. Mañana su tío autorizará nuestro casamiento... Satisfaremos eternamente nuestras ternuras...

—¡Huir, huir!—repetía la niña;—¡ah! no tengo bastante valor. Soy muy débil, muy tímida...

—Yo te alentaré, Blanca... Viviremos en una vida de amor.

Blanca, sin comprender, sin responder, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Felipe.

—Tengo miedo, tengo miedo al convento,—repetía en voz baja.—¿Te casarás conmigo, me amarás siempre?

—Te amo... Mira, estoy de rodillas.

Entonces, cerrando los ojos, abandonándose, Blanca descendió del ribazo á largos pasos, cogida del brazo de Fel-

pe. Alejándose, miró por última vez la casa que abandonaba, y una emoción punzante la hizo llorar.

Huía como una colegiala, sin reflexionar en las terribles consecuencias de la fuga. Llevábala Felipe lleno de gozo.

Lo primero que se le ocurrió, fué ir á Marsella para buscar un carruaje; pero temió dejarla sola en el camino, y prefirió irse á pie con ella á la quinta de su madre, que distaba una legua larga, en el barrio de San Justo.

Felipe abandonó su caballo, y los dos amantes empezaron á andar.

Atravesaron praderas, tierras labradas, pinares. Era cerca de las cuatro. Al pasar, los campesinos, levantaban la cabeza y les miraban con asombro.

Ni una hora emplearon en llegar á la finca.

Blanca, rendida, sentóse en un banco de piedra, colocado cerca de la puerta, y el joven fué á alejar á los importunos.

Volvió luego, y la hizo subir á su cuarto. Había rogado á Ayasse, un jardinero, que trabajaba para su madre, que fuese á Marsella en busca de un coche.

Los dos permanecieron esperando, mudos, ansiosos.

Felipe reflexionaba y dijo por fin:

—No puedes ir con este traje ligero. ¿Quieres vestirme de hombre?

Blanca sonrió. Experimentaba una alegría de niño pensando que iba á disfrazarse.

—Mi hermano es pequeño,—prosiguió Felipe.—Te pondrás sus ropas.

Aquello fué una fiesta. Efectuóse el cambio, y lo que más costó á Blanca fué encerrar sus abundosos cabellos en el sombrero.

Volvió Ayasse conduciendo el carruaje. Consintió en recoger á los fugitivos en su domicilio, que se encontraba en San Bernabé.

Felipe recogió su dinero, y los tres subieron al coche, del cual, se apearon en el puente del «Farret», para seguir á pie hasta la morada del jardinero.

Ya empezaba á anochecer. Unas transparentes sombras iban cubriendo todos los objetos.

Apoderóse de Blanca un vago temor. Encontrándose so-

la con su novio, su recato de doncella se despertó. Quería ganar tiempo.

—Escucha,—dijo á Felipe.—Voy á escribir al padre Chastanier, mi confesor... hablará con mi tío para alcanzar el perdón y el consentimiento de nuestro matrimonio. Se me ocurre que nada temería si fuese tu mujer.

Felipe se sonrió de la sencillez de la niña.

—Escribe, pues,—dijo.—Yo voy á enterar á mi hermano. Mañana vendrá y se encargará de tu carta.

Todo esto estaba muy bien, pero en aquella funesta noche, Blanca perdió su inocencia.

En el cual el lector conocerá al héroe Mario Cayol

Mario Cayol, hermano de Felipe, tenía veintiocho años. Era pequeño de talla, delgado, de aspecto mezquino.

Su rostro amarillento, de ojos negros, iluminábase de vez en cuando con una dulce sonrisa de bondad y resignación.

Andaba algún tanto inclinado, con vacilaciones de niño. Cuando el odio del mal, el amor á lo justo, lo hacía enderezar, casi llegaba á ser hermoso.

Habíase encargado en la familia, de la tarea más pesada, dejando á su hermano seguir sus instintos ambiciosos y apasionados. Empequeñecíase al lado de él, solía decir que era feo y que con serlo se conformaba; añadía que debía perdonar á Felipe el deseo de ostentar su alta estatura y la enérgica hermosura de su rostro.

En ocasiones, sin embargo, mostrábase severo con aquel niño arrebatado, aunque fuese mayor que él, tratándole con ternura de padre; dirigiéndole, como si lo fuera, oportunas reconvenciones.

Su madre, viuda, carecía de bienes. Con trabajo iba tirando con los restos de su dote, comprometida en el comercio por su marido. Aquel dinero, colocado en un banco, le producía unas cortas rentas, bastantes para criar á sus hijos. Cuando llegaron á ser hombres, les enseñó sus manos vacías, haciéndoles fijarse en las dificultades de la vida.

Los dos hermanos, arrojados así á las luchas de la exis-

tencia, impelidos por sus diferentes temperamentos, tomaron dos opuestos caminos.

Felipe, que codiciaba riquezas y libertad, no pudo doblegarse al trabajo. Quería llegar de golpe á la fortuna y meditó un rico matrimonio.

Según su modo de ver, era un rápido medio para tener rentas y una mujer bonita. Entonces tornóse enamorado y algún tanto vividor.

Gozaba infinitamente viéndose bien vestido, ostentando por Marsella su elegancia, sus trajes de corte original, sus miradas y sus palabras de amor.

Su madre y su hermano, que le mimaban, trataban de proveer á sus caprichos.

Por lo demás, Felipe caminaba de buena fe: adoraba á las mujeres, parecía una cosa muy natural ser amado y robado cualquier día por una joven noble, rica y hermosa.

Mario, mientras su hermano ostentaba su arrogante presencia, había entrado de dependiente en casa del señor Martelly, un armador, el cual, vivía en la calle de la Dársena. Encontrábase á gusto á la sombra de su despacho; toda su ambición limitábase á procurarse un modesto pasar, vivir ignorado y pacífico.

Experimentaba una íntima alegría cuando socorría á su madre y á su hermano. Disfrutaba ganando dinero porque podía darlo, proporcionar una dicha y gozar los deleites del desprendimiento.

En la vida había tomado el camino recto, el penoso sendero que lleva á la paz, á la felicidad, á la dignidad.

Iba á su despacho en el momento en que le entregaron la carta en que su hermano le anunciaba su fuga con la señorita de Cazalis.

Acometióle un doloroso asombro, midió en un instante el abismo, en cuyo fondo acababan de arrojarse los dos amantes.

Fué á toda prisa á San Bernabé.

La casa del jardinero Ayasse, tenía ante la puerta, un emparrado, que formaban un cenador; dos gruesos maderos, cortados en sombrilla, alargaban sus frondosas ramas, sombreando el dintel de la puerta.

Mario encontró á Felipe bajo el emparrado, mirando amorosamente á Blanca, sentada á su lado.

La joven, cansada, estaba sumergida en el sordo remordimiento del acto que había cometido.

Aquellos primeros momentos fueron penosos, llenos de angustia y vergüenza.

Felipe se había levantado.

—¿Desapruebas mi acción?—preguntó alargando la mano á su hermano.

—Sí, la desapruébo,—respondió Mario con energía.—Has cometido una mala acción. El orgullo, la pasión, te han arrastrado y perdido. No has reflexionado en las desgracias que vas á atraer sobre ti mismo y sobre los tuyos.

Felipe se sintió rebelar.

—Tienes miedo,—dijo con amargura:—yo no he hecho cálculos. Amaba á Blanca, Blanca me amaba. La he dicho; ¿Quieres venir conmigo? Y ella vino. He aquí toda la historia. Ni uno ni otro somos culpables.

—¿Por qué mientes?—preguntó Mario con mayor severidad.—Ya no eres un niño. Bien sabes que tu deber era defender á esta joven contra sí misma; debías detenerla, impedir la siquiera. No me hables de pasión. Yo no conozco más que la justicia y el deber.

Felipe sonreía desdén. Acercó á Blanca contra su pecho.

—Pobre Mario,—dijo:—eres un buen muchacho, pero nunca has amado, ignoras la fiebre amorosa. He aquí mi defensa.

Blanca amparábase en él, pues comprendía la pobre niña que ya no tenía otra esperanza que aquel hombre. Habíase entregado, le pertenecía. Ahora le amaba como una esclava, tímida y desesperada. Mario, despechado, se convenció de que nada ganaría hablando de prudencia con los dos amantes. Resolvió obrar por sí mismo, quiso enterarse de los pormenores. Felipe contestó con docilidad:

—Hace cosa de ocho meses que conozco á Blanca,—dijo.—Por primera vez la ví en una fiesta pública. Desde entonces la amé, buscando las ocasiones de acercarme á ella, de hablarla.

—¿La has escrito?

—Sí, varias veces.

—¿Dónde están esas cartas?

—Las ha quemado. Compraba un ramo á Josefina, la

ramillettera de la calle San Luis, y deslizaba la carta entre las flores. Margarita, la lechera, llevaba el ramo á Blanca.

—¿Y tus cartas quedaban sin respuesta?

—En un principio, Blanca rehusó las flores, después las aceptó, y luego acabó por contestarme. Yo estaba loco de amor. Pensaba casarme con ella, amarla siempre.

Mario se encogió de hombros. Arrastró á Felipe á algunos pasos, y prosiguió el diálogo con mayor dureza en la voz.

—Eres un imbécil ó un embustero,—dijo.—Sabes que el señor de Cazalis, diputado, millonario, dueño absoluto de Marsella, nunca daría á su sobrina á Felipe Cayol, pobre, sin títulos y republicano, lo que no puede ser más vulgar. Confiesa que has previsto el escándalo de vuestra fuga para obligar al tío de Blanca.

—¡Y aunque así fuera! Blanca me ama: yo no he violentado su voluntad: me ha escogido libremente por esposo.

—Ya sé, y sé también lo que tengo que creer sobre este punto. Pero no has pensado en la cólera del señor de Cazalis, que recaerá terriblemente sobre ti y tu familia.

Yo conozco á ese hombre; esta noche habrá pregonado por toda Marsella su orgullo ultrajado. Lo mejor sería acompañar á la niña á San José.

—No; ni quiero ni puedo... Blanca nunca se atrevería á volver á su casa. Hacía apenas una semana que estaba en el campo; la veía dos veces cada día, en un bosquecillo de pinos. Su tío lo ignora todo y muy rudo debió ser el golpe para él... No podemos presentarnos en estos momentos.

—¡Bueno! dame la carta para el padre Chastanier. Yo voy á ese sacerdote; iré con él, si es preciso, á casa del señor de Cazalis. Ahogemos el escándalo. Mi tarea será rescatar tu falta. Júrame que no abandonarás esta casa, que aquí esperarás mis órdenes.

—Lo prometo, si ningún peligro me amenaza.

Mario había cogido la mano de Felipe, y lo miraba lealmente.

—Ama á esa niña,—dijo con voz profunda;—nunca podrás remediar la injuria que la has hecho.

Iba á alejarse, cuando se adelantó la señorita de Cazalis.

Juntaba las manos, en ademán suplicante, ahogando sus lágrimas.

—Señor,—le dijo,—si veis á mi tío, decidle que le amo mucho... No sé explicarme á mí misma lo que ha pasado... Quisiera volver siendo esposa de Felipe y en su compañía.

Mario inclinóse finura, y dijo:

—Esperad.

Se fué, conmovido, turbado, pues conocía que era una locura esperar.

Hay criados en la iglesia

Mario llegando á Marsella, dirigióse hacia la iglesia de San Víctor, para buscar al padre Chastanier.

San Víctor es una de las iglesias más antiguas de Marsella: sus negras murallas, altas, almenadas, le dan mucho parecido con una fortaleza. El rudo pueblo del puerto le tiene particular veneración.

Encontró el joven al sacerdote en la sacristía. Era un anciano alto, de cara larga y descarnada, pálido como la cera; sus tristes ojos tenían la fijeza del sufrimiento y la miseria. Volvía de un entierro y quitábase la sobrepelliz con lentitud.

Corta y dolorosa era su historia. Hijo de campesinos, de carácter dulce y sencillo, se había ordenado impelido por los piadosos deseos de su madre.

Llegando á ser sacerdote, había querido hacer un acto de humildad, de desprendimiento absoluto. Creía que un ministro del Señor debe encerrarse en el infinito del amor divino, renunciar á las ambiciones é intrigas de este mundo, vivir en el santuario, perdonando los pecados y haciendo limosnas.

¡Pobre padre! Pronto le enseñaron que las almas sencillas no sirven más que para sufrir y quedar en la sombra. Supo que la ambición anida también en los pechos sacerdotales, y que los sacerdotes jóvenes con frecuencia aman á Dios por los favores mundanos que reparte su Iglesia. Vió dominar la discordia entre sus compañeros de seminario, pero no tomó parte en sus luchas.

No trataba de ganar la voluntad de las señoras, nada pedía, y su modestia hacíale parecer de cortos alcances: por tales causas le arrojaron á un miserable curato del mismo modo que á un perro se arroja un hueso.

Así permaneció cuarenta años en una pequeña aldea, entre Aubagne y Cassis. Su iglesia parecía una granja, blanqueada con cal, de glacial desnudez; en invierno, cuando el viento rompía una vidriera, como el buen cura no tenía los pocos cuartos que costaba poner un vidrio nuevo, pasaban semanas enteras sin que se remediara el desperfecto.

Nunca se quejaba, vivió en paz en la miseria y la soledad. Gozaba en sufrir, considerándose hermano de los mendigos de su parroquia.

Tenía sesenta años, cuando una de sus hermanas, obrera en Marsella, enfermó. Escribióle, suplicándole fuese á su lado. El viejo sacerdote, generosamente pidió á su obispo un rincón en una iglesia de la ciudad.

Varios meses pasaron en espera, y por fin le llamaron á San Víctor.

Allí las más pesadas tareas eran para él; tareas sin brillo y poco provechosas. Rezaba sobre los ataúdes de los pobres y les acompañaba al cementerio; en ocasiones servía de sacristán.

Entonces empezó á sufrir realmente. Mientras moró en su desierto, pudo ser sencillo, pobre y anciano sin molestias; ahora comprendía que le reprochaban su pobreza, sus muchos años, su dulzura y su sencillez. Desgarrósele el corazón viendo que en la iglesia pueda haber criados. Vió que le miraban con mofa y lástima, pero él, más inclinaba la cabeza, más se humillaba, llorando porque se entibiaba su fe á la vista de los actos y las palabras de los sacerdotes mundanos que le rodeaban.

Afortunadamente, por la noche, tenía horas mejores. Cuidaba á su hermana; y consolábase á su manera sacrificándose. Rodeaba á la pobre enferma de mil pequeñas satisfacciones. Luego tenía otro gozo: el señor de Cazalis, que desconfiaba de los sacerdotes jóvenes, habíale elegido para director espiritual de la sobrina.

El anciano sacerdote no confesaba casi nunca: conmovióse profundamente al oír la proposición del diputado, interrogó á Blanca y la amó como á una hija.

Mario le entregó la carta y estuvo espiando en su rostro las emociones que iba á provocar. Vió pintarse en él un dolor punzante.

Por lo demás, el sacerdote no pareció experimentar el estupor que causa una noticia inesperada, y Mario supuso que Blanca había revelado en confesión las relaciones que se establecían entre ella y Felipe.

—Habéis hecho bien contando conmigo,—dijo el sacerdote á Mario.—Pero poca fuerza y poca habilidad tengo. Debía mostrar mayor energía. A vuestra disposición estoy... ¿Qué podría hacer para ayudar á esa desgraciada niña?

—Señor,—replicó Mario,—soy hermano del joven que ha huido con la señorita de Cazalis, y he jurado remediar la falta, ahogar el escándalo.

Juntémonos para este objeto. El honor de la niña está perdido, si su tío ha delatado el asunto á la justicia.

Id á verle, calmad su cólera, decidle que su sobrina le será devuelta sin tardar.

—¿Por qué no habéis traído á la niña? Yo conozco el carácter violento del señor de Cazalis. Querrá la certeza.

—Esa misma violencia cohibe á mi hermano... Además, ahora no podemos discurrir: nos agobian los hechos. Creed que experimento vuestro mismo enojo; veo cuán mala acción cometió mi hermano... Pero, por favor, apresurémonos.

—Está bien. Iré.

Llegaron los dos á la avenida Bonaparte, delante de la casa del diputado, que había vuelto á Marsella el día siguiente de la fuga de Blanca, presa de una cólera, de una desesperación terribles.

El sacerdote dijo á Mario:

—No subáis, tal vez vuestra visita parezca un insulto. Dejadme á mí y aguardadme.

Mario estuvo esperando una hora larga, lleno de angustia.

Bajó por fin el padre Chastanier, el cual había llorado, y dijo con temblorosa voz:

—El señor Cazalis no atiende á razones. El enojo le ciega. Fué á ver al procurador del rey.

El buen sacerdote no lo decía todo. Cazalis le había

abrumado de reproches, llegando á acusarle de haber dado malos consejos á Blanca.

—¡Decídmelo todo!—exclamó Mario desesperado.

—Parece que el aldeano, en cuya casa vuestro hermano dejó el caballo, guió al señor Cazalis en sus pesquisas. Ya por la mañana había sido presentada una queja, fueron registradas vuestra casa en la calle Santa y la finca de vuestra madre en el barrio de San Justo.

—¡Cielos!

—El señor Cazalis jura que aplastará á vuestra familia, habló de prender á vuestra madre.

—¿Mi madre? ¿Y por qué?

—Pretende que es cómplice.

—¿Y cómo probar que todo eso es falso?

—¡Valor, valor, hijo mío!

—Tenéis razón: valor es menester. He sido cobarde esta mañana: debía arrancar á la niña de los brazos de Felipe; pero me hablaron de amor, de matrimonio... ¡Venid conmigo, señor; entre los dos, podremos separarles!

—Consiento en ello.

Sin pensar siquiera en tomar un coche, empezaron á andar aprisa. Llegaron á la Cannebière. Una voz fresca llamó á Mario: era Josefina, la ramilleteira.

—Señor Mario,—dijo,—¿es cierto lo que van repitiendo desde esta mañana? ¿Vuestro hermano huyó con una señorita?

—¿Quién dice eso?—preguntó el joven.

—Pues... todos. Ya me habían dicho que el señor Felipe es un calavera. Veo que lo sentís; si me necesitáis, estoy á vuestra disposición.

—Sois una buena muchacha; tal vez aproveche vuestro ofrecimiento.

Luego, dirigiéndose al sacerdote, que quedó algún tanto distanciado, dijo:

—No hay que perder tiempo. Ya cunde el lance por Marsella. Tomemos un carruaje.

Anocheció cuando llegaron á San Bernabé. Encontraron á la esposa del jardinero en la sala baja. Les refirió tranquilamente que el caballero y la señorita habían tenido miedo y se habían marchado en dirección á Aix, y que su hijo les acompañaba para guiarles entre las colinas.

Misterios de Marsella.—2

La última esperanza había desaparecido. Mario, casi sin escuchar los consuelos del padre Chastanier, volvió á Marsella acobardado.

—Hijo mío,—dijo el sacerdote,—yo no soy más que un pobre hombre, pero disponed de mí. Voy á implorar al que todo lo puede.

IV.

Como el señor Cazalis vengó la deshonra de su hija

Los amantes habían huído un miércoles. El viernes todo Marsella estaba enterada; enojábase la nobleza, la clase media gozaba.

La gente cuerda adivinaba fácilmente la causa de la cólera de Cazalis. Era diputado de la oposición; fué nombrado en Marsella por una mayoría compuesta de algunos liberales, sacerdotes y nobles.

Adicto á la causa de la legitimidad, llevando uno de los más antiguos nombres de Provenza, sumiso á la Iglesia, había experimentado gran repugnancia en lisonjear á los liberales y aceptar sus votos. Para él eran plebeyos, criados, que debieran ázotar en la plaza pública. Su indomable orgullo sufría rebajándose á su nivel.

Ahora justamente Felipe Cayol, un jefe del partido liberal, caía entre sus manos. Al fin podía saciar su odio en uno de los plebeyos que le habían, regateado la elección. Aquel pagaría por todos; su familia quedaría arruinada, desesperada; á él le encerrarían en un calabozo.

¡Cómo! ¡un simple ciudadano osar á la sobrina de un Cazalis! Habíasele llevado, y ahora los dos corrían por esos caminos de Dios. Era un escándalo que debía ser público. Un hombre de la clase media, hubiera tal vez preferido ahogar las murmuraciones, ocultar en lo posible el triste lance; pero un Cazalis, un diputado, un millonario, poseía bastante influencia y orgullo para pregonar sin vergüenza la deshonra de los suyos.

Poco importaba que todos estuviesen enterados de que Blanca había sido la querida de Felipe Cayol, con tal que nadie pudiera decir que se había rebajado casándose con un pobre diablo.

El orgullo exigía que la niña quedase deshonrada y que su deshonra fuera publicada por las esquinas.

Cazalis prometió una recompensa de 10.000 francos al que le entregase amarrados á su sobrina y al seductor. Como si pregonase un perro de casta.

Mayormente cundía el escándalo entre las clases elevadas.

Como tutor de Blanca, cuya hacienda administraba, activaba las pesquisas de la justicia, preparaba la causa criminal.

Una de las primeras medidas que tomó fué hacer prender á la madre de Felipe.

Cuando el procurador del rey se personó en su casa, la pobre señora respondió á todas sus preguntas, diciendo que ignoraba lo que había sido de su hijo.

Su turbación, sus maternos temores, fueron considerados como pruebas de complicidad.

La encarcelaron, esperando que su hijo se presentaría para devolverle la libertad.

Mario, entonces estuvo á punto de volverse loco.

Sabía que su madre estaba delicada; con terror se la imaginaba en una celda glacial; allí moriría, atormentada por sufrimientos físicos y morales. Sufrió él también alguna molestia, pero sus firmes contestaciones y la fianza ofrecida por el armador Martelly, le preservaron del encarcelamiento.

Mario se había podido cerciorar de que Blanca seguía á Felipe voluntariamente, y enojábase al oír acusar de rapto á su hermano: le llamaban bellaco, canalla, y las palabras groseras llovían también sobre su buena madre. Llegó á

tal punto de indignación, que defendía á los culpables contra la misma justicia. Los clamores de Cazalis le irritaban, pues decía que el verdadero dolor es silencioso, y que no debe llevarse á la plaza pública la deshonra de una niña imprudente.

Penetraba la intención perversa de Cazalis, que no aspiraba á herir al seductor, sino más bien al republicano.

Ya que la justicia se encargaba de castigar al ambicioso Felipe, Mario juró que tarde ó temprano castigaría al otro culpable, que amotinaba á Marsella, y mientras tanto pondría trabas á sus proyectos, equilibrando sus influencias de hombre rico y titulado.

Dos días después de la fuga, Mario recibió una carta de Felipe, el cual le suplicaba le remitiera mil francos para los gastos del viaje. La carta procedía de Lambesc.

Allí, el señor Grousse, antiguo amigo de su familia, le había dado hospitalidad durante algunos días.

Mario quedó anonadado por la petición de Felipe, pues no poseía siquiera 600 francos.

Buscó por todos lados el resto de la cantidad pedida, y el día que se desesperaba por no haberla podido conseguir, vió entrar en su casa á Josefina.

La víspera le había confiado su apuro, pues le salía al paso la joven continuamente desde la fuga de Felipe. Siempre pedíale noticias de su hermano, y preguntaba con interés si la señorita seguía con él. Josefina depositó en la mesa 500 francos.

—Me devolveréis este dinero cuando os venga bien,—dijo ruborizándose.

Mario rehusaba.

—Me hacéis perder el tiempo,—dijo con encantadora impaciencia.—Vuelvo en seguida á mis ramilletes. Permittedme tan sólo que venga todas las mañanas á pedir noticias.

Y salió corriendo.

Envío Mario los 1.000 francos, y pasaron quince días sin noticia alguna.

Sabía únicamente que perseguían á Felipe con encarnizamiento.

Luego supo que en Tolón su hermano estuvo á punto de ser arrestado.

Una mañana, Josefina acudió llorando á su casa, y le dijo entre sollozos:

—¡El señor Felipe ha sido arrestado! Le han encontrado, con la señorita, á una legua de Aix.

Mientras Mario, turbado, bajaba con rapidez, para cerciorarse de si aquella triste noticia era cierta, Josefina dijo en voz baja:

—A lo menos, la señorita no está ya con él.

VI

En que Blanca recorre seis leguas á pie y ve pasar una procesión

Blanca y Felipe abandonaron la casa del jardinero Aya-se al anoecer, hacia las siete y media. Durante el día, habían visto unos gendarmes en el camino; les aseguraban que les prenderían aquella noche, y el miedo les hizo abandonar su primer refugio.

Felipe se vistió con blusa de aldeano; Blanca unas ropas de mujer del pueblo, falda encarnada con ramos, delantal negro, pañuelo amarillo á cuadros y ancho sombrero de paja ordinario.

Víctor, muchacho de quince años, hijo del jardinero, les acompañaba.

Andaban aprisa, cabizbajos, sin cambiar siquiera una palabra. Llevaban prisa de encontrarse en el desierto de las colinas.

Atravesando el rastro de Marsella, encontraron algunos transeúntes, á los que miraban con desconfianza. Luego ensanchóse á su vista la campiña, donde no vieron más que, de vez en cuando, á orilla de los senderos, á unos zagales, inmóviles y graves, en medio de sus rebaños.

Cerca de Marsella, los caminos son fáciles, pero, penetrando en el interior de las tierras, encuéntranse colinas y peñas, que cortan todo el centro de la Provenza en valles estrechos y estériles.

Víctor precedía á los fugitivos silbando una canción del país, y saltaba sobre las peñas con agilidad de gamuza, pues se había criado en aquel desierto.

Blanca y Felipe le seguían con trabajo.

Ya habían pasado Septéme, y la joven, agotadas las fuerzas, echóse al suelo. La claridad de la luna, que subía entonces lentamente, iluminó su cara pálida, inundada de lágrimas.

Felipe exclamó:

—¡Lloras, pobre niña! ¿No es cierto que hice mal llevándote conmigo?

—¡No digas eso!—respondió Blanca.—Lloro porque ya no puedo andar. Más valía arrodillarnos á los pies de mi tío y suplicarle que nos perdonara.

Hizo un esfuerzo sin embargo, y siguieron andando. Casi cinco horas emplearon en la trabajosa marcha.

Por fin, se decidieron á bajar á la carretera de Aix, y allí andaban más libremente, pero el polvo les cegaba.

Estando ya en lo alto de la subida del Arco, despidieron á Víctor.

Blanca sentóse en un banco de piedra, á la puerta de la ciudad, y declaró que ya no podía andar.

Felipe buscó un vehículo cualquiera, pues temía que le arrestasen si permanecía en Aix; encontró á una mujer, que conducía un carro, que consistió en dejarle subir con Blanca y llevarles á Lambesc, á donde ella misma se dirigía.

Blanca, á pesar de los vaivenes, durmióse profundamente y no despertó hasta llegar á Lambesc.

Aquel sueño habíala vigorizado y calmado.

Apearonse los dos amantes. El día apuntaba, y su claridad les infundió esperanza, disipando las pesadillas nocturnas.

Como no encontraron al señor Giroussse, al cual Felipe había resuelto pedir hospitalidad, entraron en una posada. Allí disfrutaron de un día de paz completa.

El día siguiente, Felipe fué á casa del señor Giroussse, y le refirió el lance.

—¡Diablo!—exclamó el anciano hidalgo.—El caso es grave. Hace un siglo, el señor de Cazalis os habría hecho colgar por haberos atrevido con su sobrina; hoy os hará encerrar. Creedme, no tardará en hacerlo así.

—¿Y ahora, qué tengo que hacer?

—¿Lo que tenéis que hacer? Devolver la niña á su tío y pasar la frontera sin deteneros.

—Sabed que eso no lo haré.

—Entonces, esperad sosegadamente á que os prendan... No tengo otro consejo que daros.

Ya se alejaba Felipe, confundido por la sequedad de aquella acogida, pero el anciano le llamó y dijo, cogiéndole de la mano:

—Mi deber sería haceros prender, pero... Por el otro lado de Lambesc hay una casita deshabitada, cuya llave os entregaré. Allí podéis ocultaros, pero no me lo digáis. Sino, os envío á los gendarmes.

Así los amantes permanecieron ocho días en Lambesc. Los pasaron con sosiego, si se exceptúa el temor natural.

Ya había recibido Felipe los mil francos de Mario; Blanca mostrábase muy buena ama de su casa; económica, hacendosa, y Felipe comía con delicia los manjares que ella cuidábase de preparar.

Una tarde, en que Blanca asomóse á la ventana, vió pasar una procesión. Arrodillóse y juntó las manos. Recordó su niñez, cuando andaba, vestida de blanco, entre las jóvenes vírgenes, que cantaban las letanías, y sintió desgarrársela el corazón.

Al anoecer, Felipe recibió un anónimo. Le avisaban que al día siguiente debían arrestarle. Parecióle reconocer la letra del señor de Giroussse. Volvieron á emprender la fuga.

Caza de amores

Esta vez fué una corrida sin tregua, sin descanso, una zozobra cada minuto. Impelidos ahora á derecha, ahora á izquierda, por el terror, imaginando siempre oír detrás de sí el galope de los caballos, pasando la noche andando por los caminos, los días en sucios cuartos de posada, atravesaron los fugitivos varias veces toda la Provenza, yendo y viniendo, no encontrando un retiro desconocido, perdido en algún desierto.

Felipe conocía á un boticario en Tolón, y esperaba que pudiese facilitarle la fuga.

El farmacéutico, muchacho grueso y alegre, les recibió muy bien. Ocultóles en su habitación, y les dijo que iba al punto á proporcionarles un pasaporte.

Gourdán, el boticario, había salido, y se presentaron dos gendarmes.

Blanca estuvo á punto de desmayarse. Pálida, sentada en un rincón, refrenaba sus sollozos. Felipe, con voz ahogada, preguntó á los gendarmes qué querían.

—¿Sois el señor Gourdán?—preguntó uno de ellos con una rudeza de mal agüero.

—No,—respondió el joven.—El señor Gourdán ha salido, y no tardará en volver.

—Está bien,—replicó el gendarme con sequedad.

Y se sentó. Los dos pobres enamorados no se atrevían á mirarse. Aquel suplicio duró más de media hora.

Volvió por fin Gourdán y palideció, contestando á sus preguntas muy turbado.

—Véngase con nosotros,—le dijo uno de aquellos hombres.

—¿Pero, por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Os acusan de haber estafado en el juego ayer noche en un círculo. Os explicaréis con el juez de instrucción.

Gourdán se estremeció. Pareció herido por un rayo, y siguió sin replicar á los gendarmes, los cuales se retiraron sin notar el espanto de Felipe y Blanca.

Mucho se habló del asunto Gourdán en aquella época; pero nadie enteróse de lo que pasó en su casa el día en que fué arrestado.

Comprendió Felipe que era muy débil para escapar á la policía que iba persiguiéndole. Además, ya no podía esperar que alcanzaría un pasaporte, y por consiguiente era imposible pasar la frontera. Vea que Blanca empezaba á cansarse. Resolvió pues aproximarse á Marsella y esperar, en los alrededores, á que se calmara algún tanto la cólera de Cazalis. Como aquellos á quienes falta toda fundada esperanza, lisonjeábase con quimeras de perdón y felicidad.

En Aix tenía Felipe un pariente que se llamaba Isnard, el cual tenía una tienda de mercería. Como los fugitivos ya no sabían á cual puerta llamar, volvieron á Aix.

Persegüales la fatalidad: no encontraron al mercero en su casa, y viéronse obligados á ocultarse en una casa vieja de la calle Sextio, en la morada de una prima del cortijero del señor Girousse. La mujer resistíase á recibirles, temiendo que la acusaran algún día por haberles hospedado; cedió tan sólo á las promesas de Felipe, el cual le juró librar á su hijo del servicio militar. Sin duda en aquel momento tenía alguna esperanza; figurábase ser ya sobrino de un diputado, y emplear con largueza el poder de su tío.

Por la noche llegó Isnard y remitió á los amantes la llave de un barracón que tenía en la llanura de Puyricard. Dos más poseía, uno en el Tholonet, otro en el barrio de Trois-bons-Dieux. Las llaves de éstos estaban ocultas bajo ciertas gruesas piedras, que les indicó.

Aconsejóles no dormir dos noches seguidas bajo el mis-

mo techo, y les prometió hacer los mayores esfuerzos para despistar á la policía.

Partieron los amantes, siguiendo el camino que pasa á lo largo del hospital.

El barracón de Isnard estaba á la derecha de Puyricard, entre la aldea y el camino de Venelles. Era un feísimo edificio, compuesto de piedras secas y cal, cubierto con tejas rojas; era una habitación única, especie de cuadra sucia; en el suelo restos de paja y del techo colgaban telas de araña.

Por fortuna, los amantes tenían una manta. Reunieron la paja en un rincón y encima extendieron la manta.

Allí se acostaron, en medio de los acres vapores de la humedad.

Pasaron la noche siguiente en el barracón, cerca del Tholonet, que era infinitamente más cómodo, pero la zozobra era siempre igual. Así cambiando siempre de domicilio, pasaron unos días.

Un día, al anochecer, Felipe dijo á Blanca:

—Tú estás cansada, niña mía.

—Mucho, mucho.

—Vámonos otra vez al barracón en el barrio Trois-bons-Dieux: allí estaremos hasta que tu tío perdona ó me haga prender.

—Mi tío perdonará.

—No me atrevo á creerlo. De todos modos, ya no quiero huir, pues tú necesitas descansar. Ven, andaremos despacio.

Llegaron á los Infernets, dejando á la derecha el castillo del señor Marcos, que veían en una altura.

En una hora llegaron.

Tenía intenciones Felipe de ir el día siguiente á Aix é informarse acerca de los propósitos del señor de Cazalis. No se le ocultaba que ya era imposible seguir escondiéndose. Acostóse casi tranquilo por las consoladoras palabras de Blanca, la cual juzgaba los acontecimientos con su inexperiencia de niña.

Veinte días siguieron huyendo los fugitivos. Los gendarmes les perseguían sin descanso, pero hasta entonces no habían logrado cogerles. La cólera de Cazalis, lejos de enfriarse, aumentábase por la espera; irritábase su orgullo á cada nuevo obstáculo.

Acababa el diputado por acusar á la policía de ineptitud.

Afirmáronle por fin que los amantes estaban en los alrededores de Aix, y que serían detenidos.

Fué á Aix, quiso presenciar las pesquisas.

La mujer de la calle Sextio, que les había hospedado durante pocas horas, se aterró. Para que no la acusaran de complicidad, lo refirió todo, y dijo que debían estar ocultos en uno de los barracones de Isnard. Isnard, interrogado, negó sin inmutarse. Declaró que hacía varios meses no había visto á su pariente.

Esto sucedía á la misma hora que Felipe y Blanca entraban en el barracón, y no pudo el mercero avisarles.

Al día siguiente, á las cinco de la madrugada, un comisario de policía llamaba á su puerta, anunciándole que iba á efectuarse un registro en su morada y en los tres barracones de su propiedad. Cazalis quedó en Aix, declarando que temía matar al seductor de su sobrina si con él se encontraba.

Los agentes que se habían encargado de visitar el barracón de Puyricard, encontraron el nido vacío.

Isnard ofreció galantemente llevar á dos gendarmes á su finca de Tholonet, convencido de que daría un paseo inútil. El comisario, igualmente acompañado por dos gendarmes, dirigióse á Trois-bons-Dieux. Había llevado consigo á un cerrajero, pues Isnard había respondido con vaguedad que la llave de la casa estaba escondida debajo de una piedra, á derecha de la tienda.

Eran cerca de las seis cuando llegó el comisario. Todas las aberturas estaban cerradas, ningún ruido procedía del interior. Adelantóse y, en alta voz, golpeando la puerta con el puño cerrado, gritó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Únicamente el eco respondió.

Pasaron algunos minutos, y entonces el comisario mandó al cerrajero:

—¡Forzad la puerta!

El cerrajero puso mano á la obra. Oyóse en el silencio rechinar el hierro.

Abrióse con violencia un postigo, y apareció Felipe Cayol, desdefioso é irritado.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Abrió la puerta primero. Después os diremos lo que deseamos.

Bajó Felipe y abrió.

—¿Sois el señor Felipe Cayol?—preguntó el comisario.

—Sí,—respondió el joven con energía.

—Entonces os arresto como reo de rapto. Habéis robado á una joven menor de dieciseis años, que debe de estar escondida con vos.

Felipe sonrió y dijo:

—La misma señorita Blanca de Cazalis podrá declarar si hubo violencia por mi parte. No sé lo que queréis decir hablando de rapto. Hoy mismo debía ir á arrojarne á los pies del señor Cazalis pidiéndole la mano de su sobrina.

Blanca, pálida, temblorosa, se presentó.

—Señorita,—dijole el comisario,—tengo orden de llevaros al lado de vuestro tío que os espera en Aix. Está llorando.

—Siento infinito haber causado un pesar y un disgusto á mi tío,—respondió Blanca con alguna firmeza.—Pero no hay que acusar al señor Cayol, pues le seguí por mi libre y espontánea voluntad.

Luego, dirigiéndose á Felipe, le dijo:

—Esperad. Os amo, y suplicaré á mi tío que sea bueno para nosotros. Nuestra separación no puede ser larga.

Felipe la miraba tristemente, moviendo la cabeza.

—Sois una niña débil y medrosa, pero no se os olvide que me pertenecéis. Amadme como os amo.

Blanca lloraba.

El comisario la hizo entrar en un coche, que había enviado á buscar, y la acompañó á Aix, mientras dos agentes llevaban á Felipe á la cárcel de la ciudad.

VII

En que Blanca hace lo que hizo San Pedro

La noticia del arresto llegó á Marsella al día siguiente y fué un verdadero acontecimiento.

Por la tarde, habían visto á Cazalis pasar en coche con su sobrina por la Cannebière. Los comentaristas iban al galope; todos hablaban de la actitud triunfante del diputado, de la confusión, del rubor de Blanca.

El señor Cazalis era muy capaz de hacer pasear á la joven por Marsella, para que se enterasen todos de cómo había vuelto á su poder y que su raza no se rebajaba contrayendo enlaces plebeyos.

Mario, á quien Josefina había avisado, corrió todo el día por la ciudad. Confirmóle la triste noticia la voz pública. Por todas partes oía referir el hecho con variados pormenores. Cansado, aburrido, fuese á su oficina sin saber qué resolución tomar.

Por desgracia, el señor Martelly debía permanecer ausente hasta la noche del día siguiente. Mario quería, necesitaba obrar; hubiese deseado hacer algo en seguida en favor de su hermano. Sus temores del primer momento se habían calmado algún tanto. Reflexionó que no podía acusarse de rapto á Felipe y que Blanca le defendería. Llegó á creer en su sencillez, que debía ir á casa del señor Cazalis, pidiéndole la mano de Blanca en nombre del detenido.